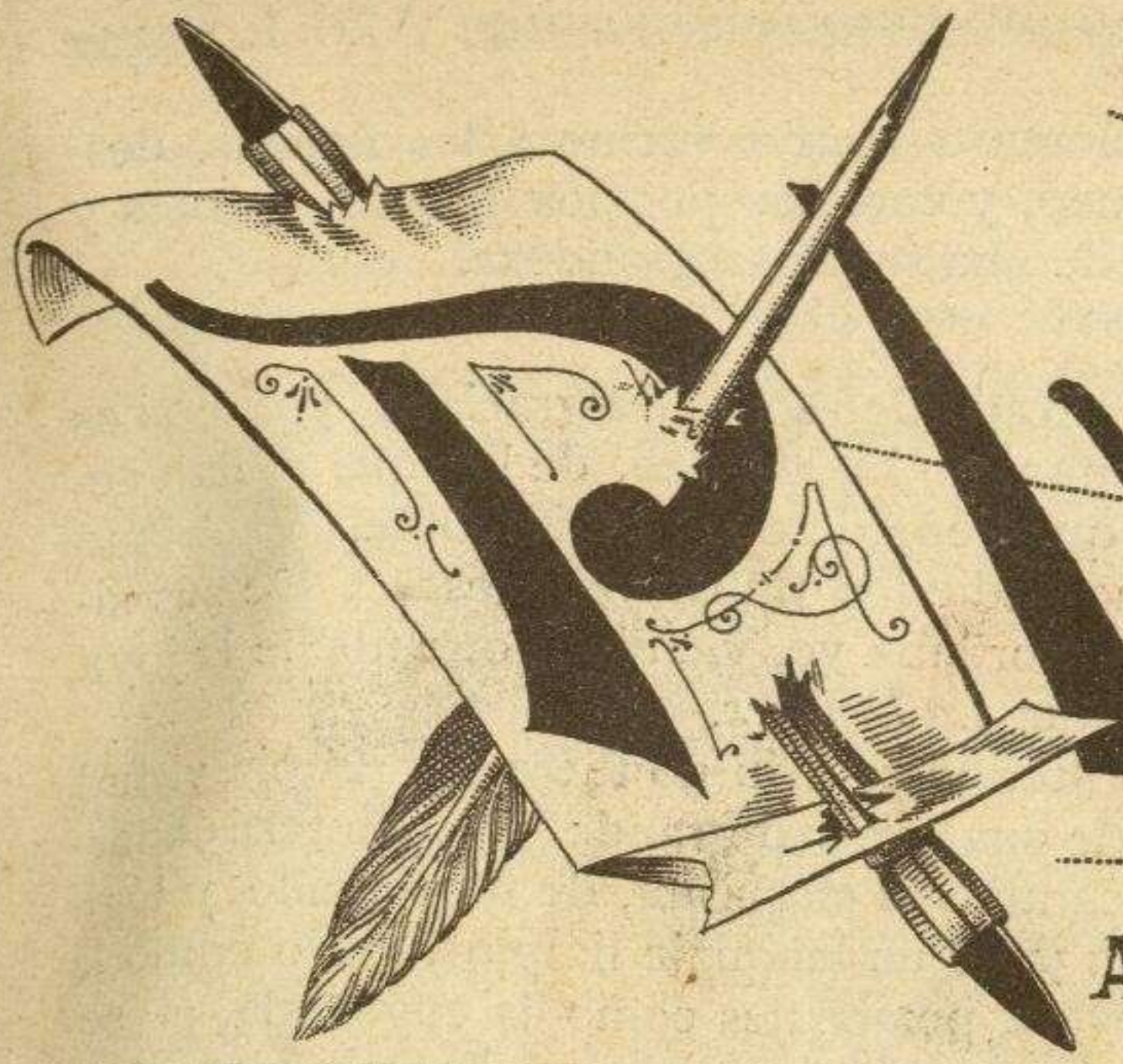


AÑO I

BARCELONA 30 MARZO 1893

Nº 3



Pluma y Lapiz

PERIÓDICO ILUSTRADO

20
CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN - BUSQUETS HERMANOS, - CALLE DEL OLMO Nº 8.



LOS FAVORITOS



DESDE LA PUERTA DEL SOL

(Crónicas cortesanas)

ESTÁ lloviendo... Desde hace dos días la radiante y alegre corte matritense, resulta una población holandesa... Las fachadas húmedas, los pisos convertidos en lagos, el horizonte obscuro... ¡Por todas partes lo gris!... Y hay que adquirir noticias... ¿Qué hacer?... Al tranvía: hoy todo el mundo vá en coche.

Pues sí, señor: yo tengo clasificados á los electores de ese modo; de vino tinto y de vino dulce... Los primeros votan, los segundos dirijen... Veinte céntimos; este caballero y yo... ¡Siéntese aquí!... No se moleste... Mil gracias... ¡Mira, tú y nosotras de pié, porque, como no gastamos sombrero!... Tilín... ¡Abur, abur!... ¿Y qué dice á ello Sagasta? Apela á su recurso clásico de rascarse la barba, pero ahora no le vale... Vaya unos ojos los de esa mujer, ¡y yo con el impermeable puesto!... Conquista segura... Ya han enterrado los restos de la víctima de la calle de Carretas... ¿Has visto?... ¡Pobre mujer!... ¡La que cae!... Ser de todo el mundo en vida, y ser hecha pedazos muerta... Es que no se pueden leer los periódicos... El crimen de tal en la primera plana, el asesinato de cual en la segunda, el juicio oral de este punto en la tercera... ¡Qué de delitos van á lograr la inmortalidad!... Mi sastre... ¡Y todavía no le he abonado la cuenta!... Le pagaré el tranvía... Cobrador, pare V... ¡Ya escampa!...

* *

El sueño dorado de todos los menesterosos que piden limosna en nuestra coronada villa, ha sido esta semana «caer apóstol.» Entre las ceremonias palatinas de la Semana Santa, figura la del lavatorio, símbolo de aquella cena inmortal en que Jesús se humilló voluntariamente á sus discípulos, dándoles esta prueba de divina mansedumbre; la Reina practica igual virtud con doce hombres y doce mujeres, pobres, á los que se regala un traje completo y un cesto con comida, que venden, luego de terminado el acto, en diez ó doce duros.

Las proximidades del sorteo, causan una verdadera revolución en las guhardillas; el que padece, no se olvida jamás de sus paréntesis de esperanzas, siquiera éstas no se realicen; mientras se sabe si la fortuna ha favorecido ó no al que sufre, algo de color de rosa baña su hogar y su pecho. Pasan de setecientos los que han solicitado el año presente, ser incluídos en la ceremonia; las plazas son veinticuatro, doce varones y doce hembras. Calcúlese la parte alícuota de felicidad que se ha podido repartir en suerte, entre un número tan crecido de miserables. Pero algo es algo, y aunque muchos han continuado su camino de espinas sin esa nueva ilusión, en veinticuatro familias ha entrado un poquito de alegría por la puerta... En medio de un aluvión de lágrimas, sí, ¡pero al fin se han cosechado esta semana, en el mundo de los tristes, algunas sonrisas!...

* *

En un periódico de esa capital leo que la Asociación Artístico Arquelógica Barcelonesa llevará á cabo, entre otras excursiones proyectadas, una á Montserrat, durante los días 25 y 26 del corriente.

Como uno de los imperecederos recuerdos de mi expedición á Cataluña, como una fecha eterna del corazón, figurará siempre la salve oída en aquellas imponentes cimas, á tres mil metros sobre el nivel del mar, aspirando á la vez el perfume del incienso y el aroma de la montaña... Envidio á los excursionistas... Una función de las palmas, un domingo de Ramos en las serenas alturas en que se enclava el monasterio, en plena naturaleza, escuchando los seráficos acordes de la escolanía, viendo cabecear los simbólicos penachos amarillos por entre las filas de árboles erguidos delante del templo, es miel sobre hojuelas... En las cumbres de Montserrat, se encuentra el espíritu de tal manera influído por el sitio, por la magestad del paisaje, que se impone la emoción religiosa y contemplativa... La solemne entrada de Jesús en Jerusalén, la ciudad santa y elegi-

da, resultará en aquel inmenso marco vecino á las águilas, desde el que se divisa el Pirineo, y coreada por los graves fogotes y las voces infantiles, llena de una suprema grandeza.

* *

Un pintor de tanto génio artístico como desgraciado, y que si es conocido entre la gente culta, no ha logrado, de los que le han seguido, la popularidad á que tiene derecho indiscutible, Valeriano Becquer, ha trazado como nadie los tipos aragoneses... De sus siluetas, llenas de vida, me acordaba yo, viendo la otra noche la joya riquísima de Feliu y Codina: *La Dolores*.

Si la obra del eximio literato catalán no fuera por propia virtud un hermosísimo drama, de una verdad grande, de un interés enorme, de una fidelidad de caracteres exquisita, de un sencillo y lógico desarrollo en su acción y de un lenguaje limpio y terso como la plata antigua; si no poseyera personajes como la engañada, el seductor, la seminarista y el sargento, bastarían á hacerla simpática y atrayente su sabor exacto aragonés, la manera y exactitud con que se hallan pintadas aquellas costumbres y aquellas gentes de rica sangre española, generosa siempre y siempre indomable. *La Dolores* merece, desde el punto de vista literario, las alabanzas que le prodigan con justicia la prensa y el público, pero además, se hace acreedora á un grito de entusiasmo, porque es un trozo «vivo» de Aragón, llevado á la escena.

ALFONSO PEREZ NIEVA



A LA PUERTA DEL CIELO

—¿Se puede? —¿Quién anda ahí?
—¿Esta es la puerta del cielo? —Si señor.
—Y usted, abuelo, sin duda es san Pedro.
—Si.
¿Qué se le ofrecía á usted?
—Pues yo quería pasar; ahora acabo de espirar lleno de esperanza y fé, y puesto que ahí dentro pasa todo el que no delinquiró, creo que podré entrar yo como Pedro por su casa.
—Antes de entrar, es preciso que me diga *ce por be* los méritos con que usted ha ganado el paraíso.
—Yo nunca hice á nadie mal; en mi pueblo retirado desde muy mozo, he pasado una vida patriarcal.
En santa y tranquila unión viviendo con mi señora, me levanté con la aurora y me acosté á la oración.
Era mi buena mujer una señora flemática que, por lo sosa y apática, no me dió nada que hacer.
Comi lo que necesita

un hombre algo delicado; el vino no me ha gustado nunca, y, además, me irrita.
Por razón de economía siempre hui de los placeres, y en lo tocante á mujeres, me contenté con la mía.
¡Y eso que la Melitona, la hermana del señor cura, era hermosa criatura, regordeta y frescachona!
Ella quería que yo le dijera... no se qué... Mil veces me la encontré al paso y... como si no.
A pesar de su belleza á mí no me conmovía, y, además, yo no quería quebraderos de cabeza.
¡Y la hortelana que está en mi finca! ¡Qué mujer! ¡Lo mejor que puede haber! Pero á mí... ni fú, ni fá.
Pocos deseos ni amores me inspiraron las mujeres y huyendo de esos placeres me he ahorrado muchos dolores.
—Usted vivió sin pecar; más no puede entrar aquí; vaya usted al limbo, que allí es donde debe usted estar.

JOSÉ ESTREMERÁ



LOS MAESTROS CANTORES

DE NUREMBERG

LOS apuros de Beckmesser para librarse de las garras de David en la famosa disputa de *Los Maestros Cantores*, corren parejas con los que ha pasado la empresa del Teatro Real para poner en escena la Comedia musical de Wagner.

Hagamos ante todo á la susodicha empresa la justicia de consignar que no ha visto en la obra más que el medio de terminar la temporada sin tener que devolver á los abonados el importe de algunas funciones, ni caer envuelta en el oprobio general.

La música de Wagner tenía para ella (para la empresa, por supuesto) el valor de un libro de Confucio, impreso en la lengua original, por lo cual se ha cuidado de interesarse por la música de *Los Maestros Cantores* tanto como yo de averiguar lo que es v. gr. la Junta Central del Censo.

¡Y cuidado si tenía para la supradicha empresa importancia capital el estreno de la Comedia lírica de Wagner!

¿Se estrenaba? En tal caso representaba el estreno un final de temporada digno y decente, artísticamente hablando.

¿No se estrenaba? Nadie sabe lo que hubiese ocurrido entonces; una clausura forzosa antes de cumplir los compromisos contraídos con los abonados, un aborto desastroso, una catástrofe monumental.

Después de peripecias sin cuento, después de labores realmente gigantescas, llevadas á cabo por Mancinelli, los artistas, la orquesta, los coros, por todo el mundo, en una espantosa soledad, sin que nadie de la empresa se dignara enterarse, ni pareciese por el escenario, ni tuviese una palabra de estímulo para nadie; después de tanto y tanto trabajo, de tanto y tanto esfuerzo, de tanta y tanta artística pasión gastados en pró de un industrial que miraba su hacienda con la indiferencia más inverosímil, al fin se dieron á luz en el Bazar de la plaza de Oriente *Los Maestros Cantores de Nuremberg*.

«Historia del espíritu humano, historia de la tontería humana» dijo Voltaire. ¡Qué capítulo tan sugestivo podría escribirse sobre lo segundo, sobre la tontería, tomando por base lo que ha ocurrido con *Los Maestros Cantores* en el Teatro Real!

En cambio el público madrileño ha estado á gran altura en la presente ocasión, ha escuchado con interés grandísimo y seguido la representación de la obra como si oyese la voz de una inmensa, de una imponente esfinge, tratando de comprender sus palabras, de desentrañar los conceptos y darse cuenta del sentido general.

Los que comprendían aplaudían con entusiasmo; los que se quedaban á oscuras se han callado, y los que han juzgado *lata insostenible* la comedia lírica de Wagner han respetado al génio y no han opuesto la más pequeña protesta á los que sustentaban contraria opinión.

Mancinelli ha sido aclamado numerosas veces con los intérpretes de la obra; el día 18 de marzo de 1893 quedará, en suma, como fecha memorable en el Teatro Real.

Con lo cual se demuestra que *Los Maestros Cantores* han obtenido el éxito de las obras fuertes y grandes, de las obras que entran poco á poco, porque contienen elementos de belleza que se hallan fuera del alcance de la vulgaridad odiosa y son tanto más duraderas cuanto encierran mayor dosis de profunda y saludable originalidad.

Hoy es *lata* para muchos la comedia musical de Wagner como eran *latas* ayer *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes* y *El Profeta*, como ha sido siempre *lata*, sí, una *lata* horrorosa, el *Don Giovanni* de Mozart, que todavía sigue siéndolo.

Pero *Los Maestros Cantores de Nuremberg* tienen asegurado su porvenir en el régio coliseo, llegarán pronto, *faranno da se*, como dicen en Italia; la obra de Wagner entrará y quedará definitivamente en el tuberculoso repertorio de ese antiartístico Bazar donde la *high life* madrileña digiere sus comidas y se aburre soberanamente en cuanto se levanta el telón.

No se ganó Zamora en una hora y no se llega al verdadero Wagner en una noche ni en diez, cuando falta lo esencial: la inteligencia de la poesía, el significado de la palabra, los detalles más pequeños de la acción.

Tratándose de un arte novísimo, hay que frecuentarlo mucho para familiarizarse con él y extraer su sustancia. Jeroglífico monstruoso para la mayoría, *Los Maestros Cantores* se presenta hoy como un arcano cuanto á su contextura general; pero se ha impuesto al respeto y á la admiración de los buenos aficionados y se impondrá seguramente á la atención de los demás. Cuestión de tiempo.

Éxito, en resumen, serio, muy serio, y que grita *sursum corda!* á la juventud musical y á los amantes del arte moderno, del arte que eleva el alma y aguza el espíritu, porque enseña á buscar siempre y á amar sobre todas las cosas la verdad.

¿Qué importa el juicio de los ignorantes y de los tontos? ¿Qué precio tiene hoy ni ha tenido nunca la opinión de los mentecatos?

Dad el *Quijote* al hilbanador de frases, al literato engraido y cursi, al plebeyo endiosado ó al sietemesino insustancial, y os dirán que es una *lata*.

Dadles *Hamlet*, *Fausto*, dadles todo aquello que se aparta de la majadería corriente, que haga pensar, que implique trabajo y estudio intelectuales, y os lo devolverá en el acto, porque los verbos estudiar, pensar, trabajar, no existen en el diccionario de los tontos.

Además, ahí está la historia. Los músicos de París, de la *Ville-Lumière* de Víctor Hugo, ¿no arrojaron acaso de los atriles las partes de orquesta de la *Sinfonía Pastoral*, calificando de *bárbara* la música de Beethoven?

¿No hubo, hace veinte años, en Madrid, alguien cuyo nombre no hace al caso, que, cuando se estrenó *Aida* en el régio coliseo, escribió que en la obra de Verdi se veía *la violencia habitual del estilo, la ausencia completa de la gracia y de la imaginación, una armonía pobre y una instrumentación salvaje?* (Textual.)

¿Y no hubo otro, cuyo nombre tampoco hace al caso, que presentó á Verdi, como un bohemio, ofreciendo á las empresas la *indigesta* Misa de *Requiem* del autor de *Falstaff*?

Compárese eso con lo que se ha escrito ahora acerca de *Los Maestros Cantores* y se notará evidente progreso.

Claro es que, tratándose de una creación tan compleja, tan delicada y de una sátira tan punzante como la de Wagner, ha habido juicios enormes que hacen recordar el aforismo de Voltaire, apreciaciones fantásticas donde se notan el aturdimiento que producen, los estragos que causan las obras originales, en la ignorancia y en la presunción.

Pero al lado de esa minoría exígua y necesaria, la prensa de Madrid ha tratado á Wagner con profunda consideración, separándose de los nécios que dicen: «Esto no me gusta, *ergo* es malo», y manifestando una alteza de miras superior á todo encomio.

En la noche de la primera representación de *Los Maestros Cantores*, oí á un desconocido expresar en términos tan justos el efecto que le había producido la obra de Wagner, que quiero transcribirlos aquí.

—¿Qué le parece á V. *Los Maestros Cantores*?—le preguntaron.

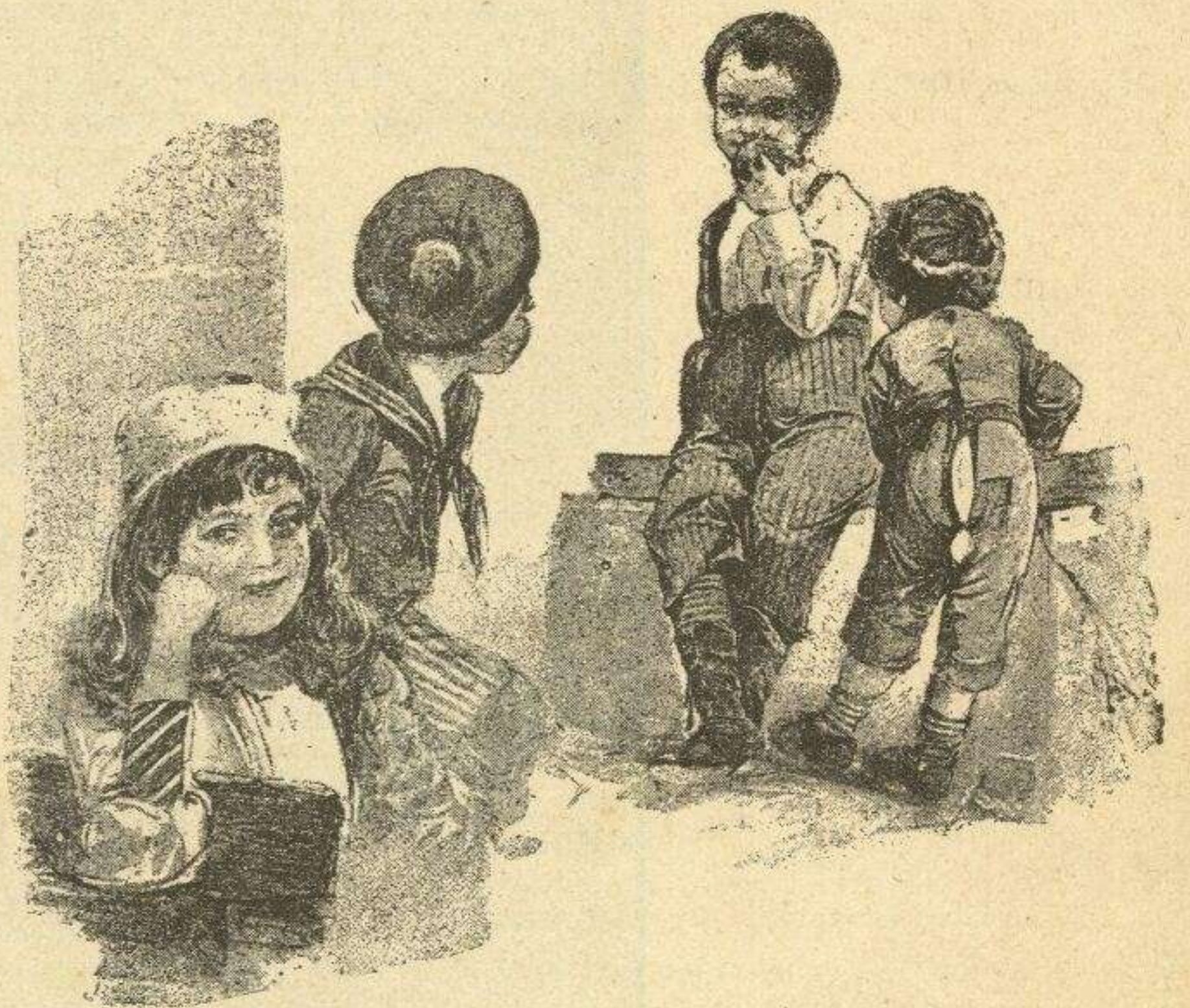
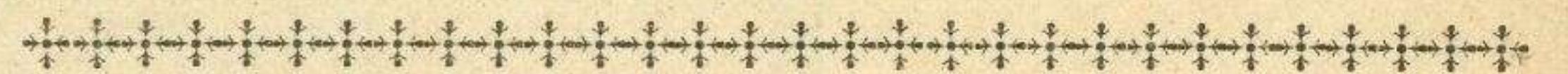
—Me asombran, me entusiasman, comprendo que es una cosa admirable, pero no me cabe en la cabeza.

Esa es la verdad; cuatro horas de música, cuatro horas durante las cuales es imposible hacerse cargo de aquella inmensa sucesión de bellezas que pasan como un relámpago y que uno quisiera detener, como Josué detuvo el sol, para saborearlas á su gusto, no pueden caber de repente en la cabeza.

Precisa tiempo para que vayan entrando paulatinamente y se coloquen con toda comodidad. Hay que oirlas, hay que clasificarlas en detalle para gozar del conjunto. Y el resultado es admirable; hay en la posesión definitiva de la obra, el goce de la mujer amada después de la lucha, después de los combates, cuando se conquista á fuerza de ardimiento la codiciada posición.

Esta es la opinión que ha reflejado, en general, la prensa madrileña y tal la memorable victoria que ha alcanzado en Madrid Ricardo Wagner con *Los Maestros Cantores de Nuremberg*.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI



¡OH, LOS NIÑOS!

(Desahogillo de un padre amoroso.)

Dice la gente, y no en guasa,
sino con mucha razón,
que los pequeñuelos son
la alegría de la casa.

Sin ellos ¿qué es el hogar,
aunque le invada el amor?
Es una planta sin flor
ó una marina sin mar.

Sin ellos la vida es sosa.
¿Qué hay tan dulce y tan sabroso
como el vaivén bullicioso
de una prole numerosa?

Cuatro mi esposa me ha dado
y en verdad que no lo siento.
¿Qué pena y qué aburrimiento
si no los tengo á mi lado!

Luis, el mayor, que alborota
la casa y es un diablejo,
me ha roto ayer un espejo
con el tacón de una bota.

Mi niña segunda, Clara,
tiene un flemón que la irrita.
¡Parece que la tripita
se le ha subido á la cara!

Y es tan fuerte su dolor,
que no cesa de rabiarse,
y á mi me van á arruinar
la botica y el doctor.

Periquín, que es el tercero,
ayer tarde, en la escalera,
saltó un ojo á la niñera
con el mango de un plumero;
mientras el cuarto, Ventura,
le daba al gato un mal rato,
metiendo un lápiz al gato
por... donde usted se figura.

Y todos, con su gritar
y su constante gemir,
ni me dejan escribir
ni me dejan descansar.

¿Qué bien la vida se pasa!
Mis hijos, es evidente,
que avivan constantemente
la animación en mi casa.

Y tanto, que, con razón
se queja de ella el casero.
¡Ojalá hubiese en dinero
lo que hay en animación!

JUAN PÉREZ ZÚNIGA



de Bayard
4scaler

Bandalegre.

FUERTES Y FLOJOS

HAY hombres que acaban de toser y notan con algo de extrañeza que han escupido un pedazo de pulmón y se quedan tan frescos! Hay otros que tienen un bulto en un costado y se hacen los desentendidos. El bulto va creciendo, creciendo hasta convertirse en una especie de alforja y lo dejan estar.

—Hombre ¿porqué no consulta V. eso?— se les dice; y ellos contestan:

—¡Pchst! No me estorba.

—Pero quizás traiga malas consecuencias.

—¡Quiá! Este bulto es de familia. Mi padre tuvo uno así y se le cayó solo, en un baile de máscaras, bailando una mazurcka.

He conocido un sugeto que tenía la cara llena de granos, parecidos á las peladillas de Alcoy, y todos le decíamos que por qué no se ponía en cura.

—¡Buena gana!— contestaba él—No tomo medicinas aunque me aspen. Ya se quitarán si quieren, y sinó que se estén ahí. ¡Yo no los he de mantener!...

De estos espíritus fuertes hay una enorme cantidad en el mundo; naturalezas superiores que no se preocupan de las enfermedades de la materia, ni exhalan una queja, ni se ponen una cataplasma. Saben, por ejemplo, que tienen un tumor en el brazo, y viven tan satisfechos. Algunos llegan hasta decir:

—¡Bah! Yo sé que me muero el mejor día porque se me está acabando el hígado; pero no me preocupo.

—¿Tiene V. la seguridad de que se le acaba el hígado?

—Seguridad completa. Aun no hace un mes que me reconocí minuciosamente un paisano mío, médico militar, y se encontró con que en vez de hígado tengo una especie de gelatina color de castaña.

Como contraste de estos seres valerosos, tengo el gusto de presentar á Vds. á don Lucio, que es modelo de hombres aprensivos. Y sinó que lo diga su infeliz esposa, víctima de las constantes cavilaciones de don Lucio.

Él cree que está muy malo y que cualquier excesillo puede ocasionarle la defunción; de modo que apenas come, ni duerme con exceso, ni se agita, ni trasnocha, ni quiere subir escaleras. No va al café porque dice que aquella atmósfera está muy cargada, ni al teatro porque teme cojer un catarro á la salida, ni al Casino porque cargan demasiado las chimeneas. En fin, don Lucio vive esclavo de las precauciones, y en cuanto lee el anuncio de un específico para la tos, ya lo está tomando, aunque no la tenga.

—Pero si no toses nunca—le dice su mujer.

—No importa; el mejor día puede presentármese la tos, y bueno es estar prevenido. Ya sé que mi padecimiento reside en el estómago; eso sí que me llevará á la tumba cuando más descuidados estemos.

Y don Lucio se toca el estómago con dos dedos, y hace una mueca de dolor y lanza un suspiro hondo.

—¿Vés? ¿Vés como no me conviene hablar de mis males? Tú has tenido la culpa, por haber sacado la conversación. En cuanto pienso en mi estómago, ya me duele.

Y se acuesta en el sofá, boca abajo, y dice á su esposa que le dé las píldoras antigastrálgicas para tomarse tres, y pasada media hora otras dos, y á la hora y media, una.

Don Lucio es incansable en lo de ingerir medicinas; pero lo que más le gusta es que le pongan sinapismos. En cuanto cree que le duele la cabeza, ya está su pobre esposa á vueltas con la mostaza; de modo que don Lucio ya no tiene pellejo en las piernas, que parecen dos clarinetes.

A lo mejor llega de la oficina asustado, con los ojos fuera de las órbitas y los pelos de punta, y dice á su mujer, con voz alterada:

—Severa; Hoy me siento mas malo que nunca; ayuda á desnudarme porque yo no podré... ¡Ay! ¡Qué ardor! ¡Qué incomodidad, que angustia!

—¿Donde?

—No lo sé; unas veces me duele arriba y otras abajo y otras á la derecha y otras á la izquierda... Pónme los sinapismos y que vayan á llamar al médico.

—¡Jesús! ¡Jesús!— exclama D.^a Severa, yendo de una parte á otra, agitadamente.—¡No gana una para sustos!

—Hoy creo que ha llegado mi última hora... Si ves que pierdo el conocimiento, aplícame abajo la badila hecha áscua. Bien sabía yo que aquellos pícaros de la oficina acabarían por matarme.

—¿Qué ha pasado?

—¡Una friolera! Cuando estaba más descuidado abrieron un balcón, y no contentos con esa locura, se pusieron á tomar café delante de mí. Ya sabes que solo de oler el café me mareo... ¡Bribones! Enseguida me llamó el ministro á firmar y no tuve la precaución de taparme la boca en el pasillo; de modo que llegué al despacho del

jefe y ya no pude articular una sola palabra. Entonces él mandó que me retirase.

—¿Y has venido solo?

—No; me ha acompañado un escribiente á quien le estoy muy agradecido, porque el pobre me subió en brazos toda la escalera... Mira, en caso de morirme, te recomiendo que no hagas desembolsos inútiles; que me entierren modestamente.

—No digas tonterías.

—Pongámonos en lo peor, Severa.

A don Lucio le falta poco para echarse á llorar, hasta que comienza á advertir que no le duele nada absolutamente y entonces dice á su mujer:

—Vas á serme franca: ¿tú crees que estoy muy malo? Dímelo con entera libertad, porque no me falta valor.

—Lo que creo es que cada día te vuelves más aprensivo.

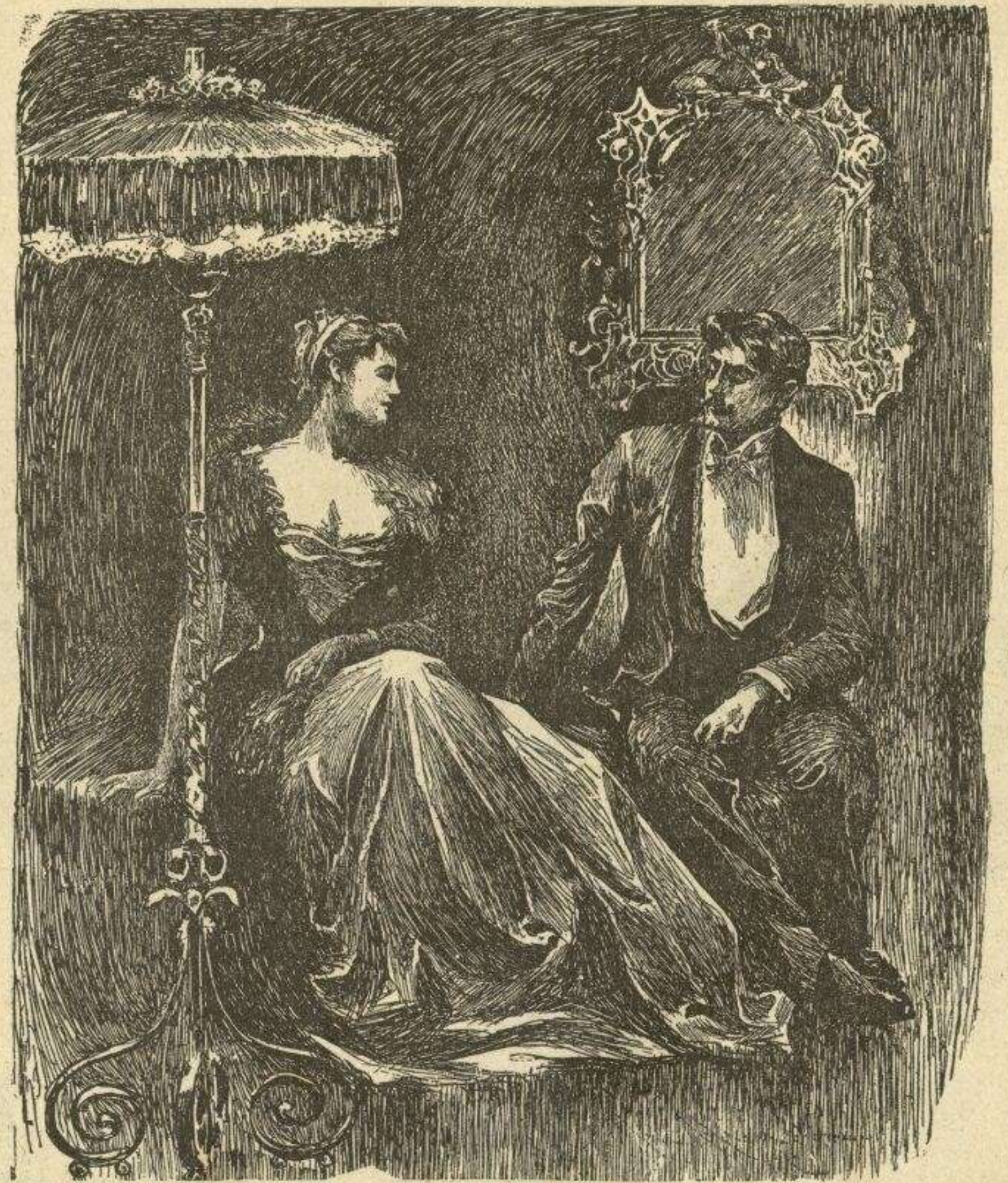
—¡Eso es lo que me dá rabia! ¿Por qué soy aprensivo, vamos á ver? ¿Porqué me cuido? ¿Porqué no me quiero dejar morir como un perro?

La infeliz D.^a Severa pisa con su marido las penas del purgatorio y compra la manzanilla por kilogramos y la mostaza por medias arrobas. El nunca está tranquilo y rara es la noche en que no tiene que levantarse D.^a Severa tres ó cuatro veces para prodigar á su esposo los auxilios de la ciencia.

Sus compañeros de oficina están tan acostumbrados á oírle decir que «se muere» y «se muere», que cuando ocurra el triste suceso, es muy posible que se le rian en las barbas, y asistirán á su entierro en la duda de si don Lucio ha fallecido definitivamente ó si ha de volver á presentarse en la oficina como todas las mañanas.

LUIS TABOADA

(Prohibida la reproducción.)



ÍNTIMA

I

¿Que tienes miedo ahora?
¿Y de qué tienes miedo?
Si soy el mismo, aquel á quien amante
tantas veces juraste amor eterno,
por todas las mentiras de la tierra,
por todas las estrellas de los cielos!...
¿Miedo de mí? Pues qué ¿ya no recuerdas
que siempre me vencías con tus besos,
mordiéndome la carne de los labios,
llenándome la sangre de veneno?...
No palidezcas, no; fuera caretas,
y hablemos algo del pasado, hablemos...

II

Tenia tantas ganas,
después de tantos días de silencio,
de poder, cara á cara, frente á frente,
hablarte á solas como en otro tiempo,
y escupirte en el alma miserable
la saliva de hiel de mi desprecio!
Ven, acércate más; vuelve á inundarme,
con la mirada de tus ojos negros,
en las olas de luz donde bañaba
mi vida y mi ventura en otro tiempo.
Ven, acércate más; vuelve á asfixiarme
en el perfume impuro de tu aliento,
en el perfume aquel que yo bebía

en tus labios, sabiendo,
que la copa era muerte de mi vida
y el perfume veneno.

Enrosca las serpientes de esos brazos,
horca de mis venturas, en mi cuello;
quémame, como entonces, con tus ojos,
mátame, como entonces, con tus besos...
ven, acércate mas, mujer ingrata...
ven, acércate mas, no tengas miedo...

III

¿Cómo tiembles! Al ver como se agita
con fatigosa convulsión tu seno,
cualquiera creería, alma de hiena,
que se retuerce un corazón ahí dentro.
¿Qué! ¿Vas á disculparte? No, si sabes
que has vendido tu cuerpo
y te han pagado en títulos y en nombre
lo que no te han pagado con dinero!..
Mientes, si niegas ahora, que, blasfema,
cuando digiste en el altar «te quiero»
al pisotear con la ventura mía
todos tus juramentos,
no sabías de sobra que pisabas
la sangre de aquel Dios, que en otro tiempo
temblando de emoción, ponías trémula,
como testigo de un amor eterno!
¿Qué ingrata has sido para mí, qué ingrata!

Pero ¿tiemblas por eso?
No tiembles, no; ni aun por vengar la in-
[famia]
de la traición sin nombre que me has hecho,
mancharan el puñal de mi venganza,
manchas de hiel, de un corazón tan negro!
Me basta, para alivio de mis penas,
les basta para dichas, á mis celos,
humillarte ante mí como te humillo
y tenerte á mis pies como te tengo!..

¡Qué hermosa estás así! Si te mirara
con los ojos de ciego de aquel tiempo,
¡con qué sed bebería yo esas lágrimas,
lluvia de fuego de tus ojos negros!
Si esas gotas de llanto que titilan
igual que las estrellas en el cielo,
se asomaran al cielo de tus ojos
por ver mis dichas como en otro tiempo,

¡con qué sed las secara con mis labios,
aunque fuera sabiendo
que podía matarme cada gota,
que había de morirme al darte un beso!

¡Que ingrata has sido! Te quería tanto
que sé que me has matado y aun te quiero!..
Pero ¿qué dices tú? ¿Porqué sollozas?
No tengas miedo, no; ya ves, ¡si tiemblo!..
¿Qué eran por mí esas lágrimas? Mentira!..
¿Que me quieres aún? ¡si no lo creo!..
No, mira; no lo jures, no me mientas;
quita, quita esos brazos de mi cuello...
déjame que me muera con mi pena,
déjame que me muera con mi infierno...
¡No, si no has de vencerme con tus lágrimas!

¡No sabía hasta ayer lo que era un beso!..

MARCIAL DE LOS RIOS

EL CASTIGO DE UN BUSCÓN

Aunque, hace tiempo, de canas
se me vá el pelo llenando,
que por pocas no me pinto,
y por muchas no me arranco;
Aunque me faltan seis muelas,
tres de arriba y tres de abajo,
y anduviera bien de dientes
á no echar de menos cuatro;
Aunque, como aquel don Lucas,
soy un par de pocos calvo,
tres pocos verde-moreno
y cuarenta muchos zambo,
Por más que sirva de adorno
la fatal pata de gallo
á mis ojos, que no tienen
más belleza que ser zainos;
Por más que á mi voz, que nunca
tuvo los registros altos,
le hayan atiplado el tono
las toses y los catarros;
De tal manera las hembras
sienten aversión al claustro
que más de cuatro me adoran
como á reliquia de santo.
Para librarme de asedios
ando há tiempo pregonando
que soy, sino Puñonrostro,
conde de Puño-pretado.
Todas saben por mi boca
que en repulgos no me paro
y siendo en amor tomista
tengo á Scotto por contrario.
Ninguna tampoco ignora
que soy en el dar tan parco
que es verbo que suprimido
tengo hasta en mi diccionario.
Y por fénix se me tiene
en llegando Abril y Mayo,
pues nadie me pide coche
para el Trapilló ó Santiago.
Pues bien, si con estas partes
y otras muchas que me callo,
porque pasar no quisiera
á tus ojos por tacaño,
Como te he dicho, mi vida,
tal me incitan al pecado
que para ser San Antonio
no me falta más que el guarro;
No creo que ha de extrañarte
que aquel papel perfumado
que de tu parte una dueña
puso anteayer en mi mano,
En vez de causarme risa,
me haya producido espanto,
que me prueban sus razones

que no está tu juicio sano.
¿Merienditas en el río
á mí? ¿Te ha tentado el diablo?
¿No sabes que no meriendo
jamás si la costa pago?
¿Zorcillos me pides, boba?
¿Y dices que son baratos?
Siempre tuve por principio
que es mucho más el no darlos.
¿Ventanas para los toros?
No quiero, por sí me caso,
ver martirizar á nadie
que pueda llamarme hermano.
Palabra de casamiento
dás á mis ojos, que te he dado
y dices que cuando quiera
te puedo llevar al tálamo.
Lo de la palabra niego,
que soy hombre reservado;
pero lo de cuando quiera,
no me ha sabido tan malo.
Que como yo sé que nunca
he de querer dar tal paso
si «cuando yo quiera» dije,
del dicho no me retracto.
No siendo en las cosas dichas
ó en otras que cuesten algo
mándame lo que quisieres,
pero con porte pagado.
Mil encomiendas te envío,
que en dar estas no me paro,
á esa respetable tia,
de tus castidades Argos.
Y rogándote medites
que contar con mis ducados
es como aquel que mendrugos
buscara en cama de galgos,
Quedo á tus piés, de rendido,
pero no de saqueado,
aunque con la bolsa entera
con el alma hecha pedazos.»

Esta carta, cierto día,
escribió un sesudo hidalgo,
á una virtud con más tachas
que libro de luterano.
Pero es lo raro del cuento
que á los dos meses escasos,
con admiración de todos
con ella estaba casado.
Y es fama que, sin hacienda,
pero muy contento al cabo,
en premio á su mansedumbre
murió en opinión de santo.

ANGEL R. CHAVES

HISTORIA DE UN DURO

CONTADA POR ÉL MISMO

♦ (continuación) ♦

II

Tomaron café los jóvenes;
son chicos bien educados
y como al Diván concurren
tantos cómicos y tantos
autores de infima clase,
(unos y otros sin un cuarto,)
esperando los autores
que se les abra un teatro
donde estrenar sus portentos,
y los cómicos buscando
que caiga, como llovido
del cielo, algun empresario
que les dé un préstamo para

al punto despellejarlo
en prueba de gratitud
—porque los cómicos malos,
esos trashumantes que
rara vez tienen contrato
son, con hambre, bondadosos,
nocivos, cuando estan hartos...
sucedió que, algunos de ellos,
con astucia, se sentaron
á la mesa donde estaban
los chicos saboreando
el Moka y Caracolillo.
Cariñosos saludaron
por muy expresivo modo

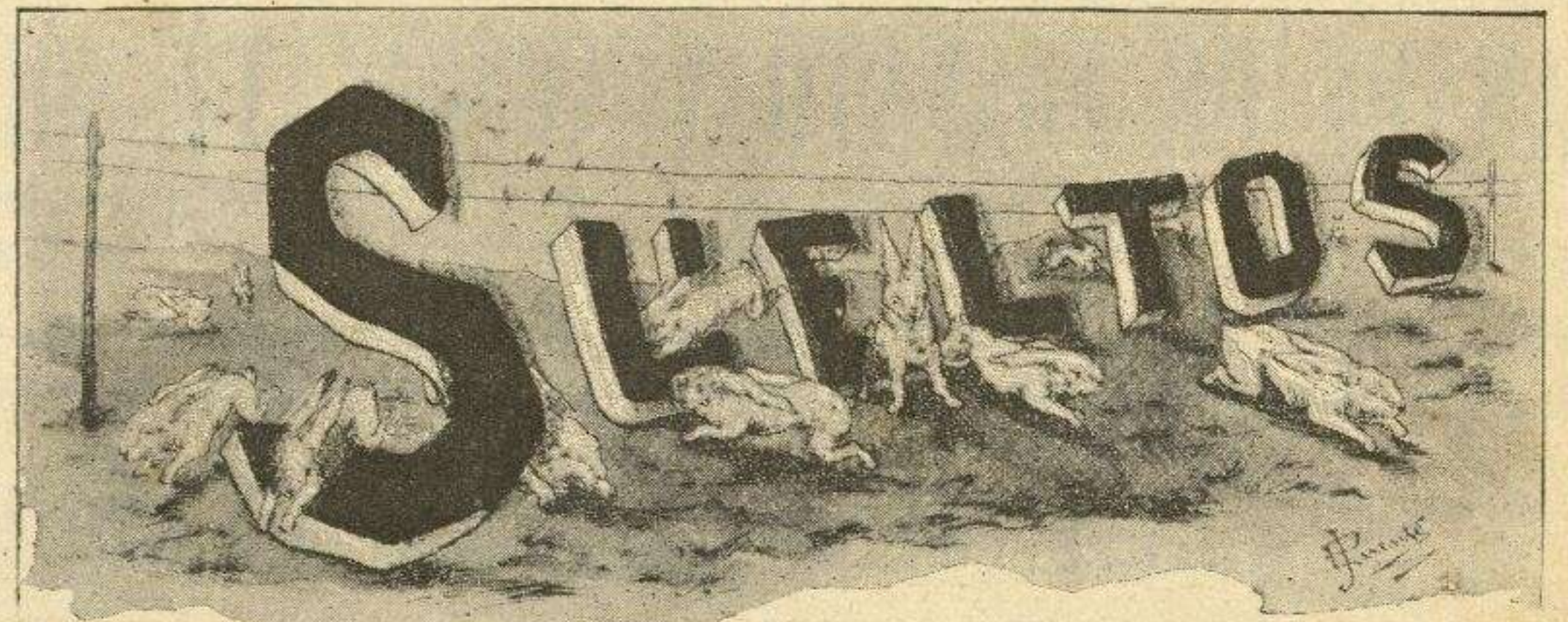
y fueron después trabando
conversación.—¡Gran café!
¡Buen aroma! Es un encanto.
—¿Gustan ustedes?—¡No, ca!
—Con franqueza.—Yo he tomado
ya dos tazas...—Y yo tres.
—Y yo por lo menos cuatro.
—¡Fuerte habrá sido el almuerzo!
—En Fornos y... promiscuando...
Como era viernes... ternera
salmon, butifarra y pavo.
Hemos comido, señores,
de tal manera que estamos
ahitos!... (era mentira
porque hablaba bostezando.)
Hubo un punto de silencio.
De repente, el más osado
de los cómicos, sin que
ninguno abriera los lábios,
dijo...—Pero ya que ustedes,
señores, estan rogando
con tanta insistencia... ¡Mozo!
Tres cafés... Yo me he educado
con esmero y los convites
bien hechos no los desairo.
Tres cafés *alimenticios*
y prontito y muy cargados.
—¿Con tostada?—Es natural.
—Yo de arriba.—Yo de abajo.
—Yo de ambas partes.—Corriente.
—¡*Alimenticios!* ¡Canario,
que palabreja!—Muy gráfica.
Alimenticio llamamos
al café con leche.—¡Ya!
porque alimenta.—Está claro.
Digestivo al café solo.
—Estan muy bien aplicados
los adjetivos.—Supone
el café puro, un hartazgo
que es forzoso digerir...
—Pues, y el que viene mezclado
con leche...—Dice que ustedes
no han comido!—¿Como?—Vamos,
con franqueza...—No señor,
es que estamos estudiando
de tal modo, que el cerebro
se cansa. ¡Hay que reforzarlo!
—Como yo me voy con Vico...
—Como yo me voy con Mario...
—Como formo por mi cuenta...

Después de pasar un rato,
de comerse las tostadas
y de referir los lauros
escénicos respectivos
por su génio conquistados,
el jóven de quien yo era,
me sacó con otros varios

para pagar... Reluci
como reluce un relámpago;
y aquel cómico atrevido,
con inaudito descaro,
me colocó entre sus dedos,
sacándome de las manos
del poseedor legítimo
—¡bello ejemplar! exclamando.
¡Qué duro tan admirable!
¡Qué precioso! Me lo guardo.
—Pero hombre...—Que me lo quedo,
pero á titulo de cambio
por otro duro, se entiende;
ya lo creo...—¿Pero cuando?...
—Hoy mismo, al tomar el préstamo.
(Conoció el pobre pagano
que había sido la victima
candorosa de un sablazo.)
Pagó y con su compañero
salió del Diván andando,
maldiciendo de su suerte.
Yo, dije para mi sayo:
—Estos pobres no han comido;
está, pues, justificado
que casi, casi me roben
para comer. ¡Error craso!
En vez de ir á la taberna
á gastarme en unos pájaros
ó en unas albondiguillas
siquiera, ya que no callos,
fuéronse los caballeros
á un círculo renombrado
donde hay libros... y un tapete
más verde que literario,
y al minuto de llegar
al *bacarrat* me jugaron...
y es lógico, me perdieron!
Estaba yo abochornado
de verme entre aquella gente.
En menos que canta un gallo
fui de un cesante de Hacienda,
de un librero, un boticario,
un apuntador de ópera,
un galan jóven muy guapo,
un redactor de *La Tisis*,
el gerente de *El Calvario*,
un editor de comedias
un tenor cómico, un bajo,
un compositor de walses,
un afinador de pianos
un baritono y un cura!...
y por fin... por fin... del amo
de la casa, pues los puntos
sin un céntimo quedaron.
Entré en la caja y después...
Pido á usted algun descanso.

RAFAEL MARÍA LIERN

(Seguirá.)



Donde menos se piensa salta una originalidad.

Y no lo aludo á ningun escritor; ni siquiera á ningun autor dramático.

Lo digo, unicamente, porque me he enterado de que la policía ha detenido estos días á un francés auténtico... ¿Por qué, dirán ustedes?

Pues, casi por nada; porque se entretenía el hombre (el francés, vamos) en cortar los trajes de las señoras con unas tijeras, nada menos que por cuatro ó cinco sitios, con la mayor inocencia del mundo.

¿Qué se proponía? ¿Que instinto le guiaba? ¿Cuáles eran sus siniestros planes?

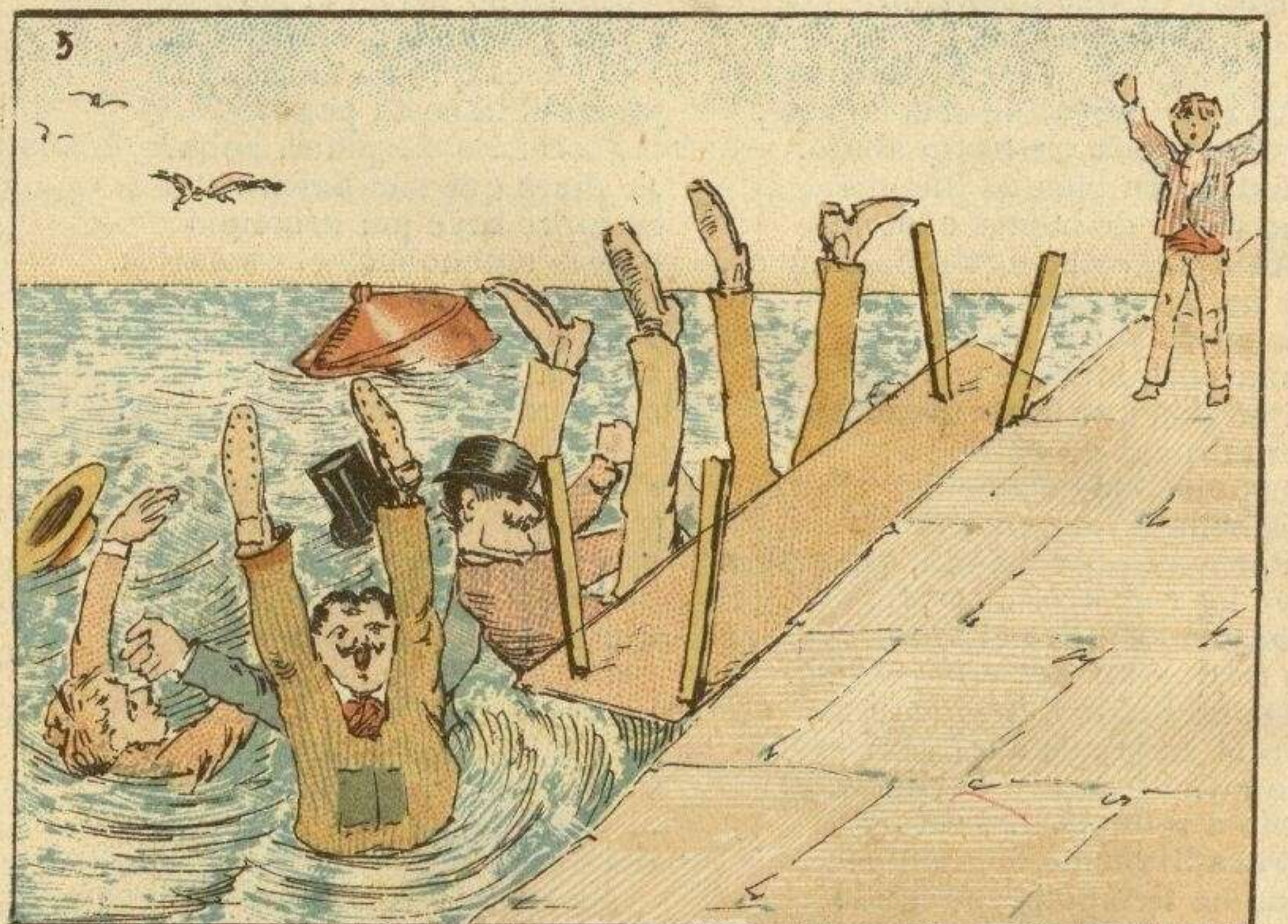
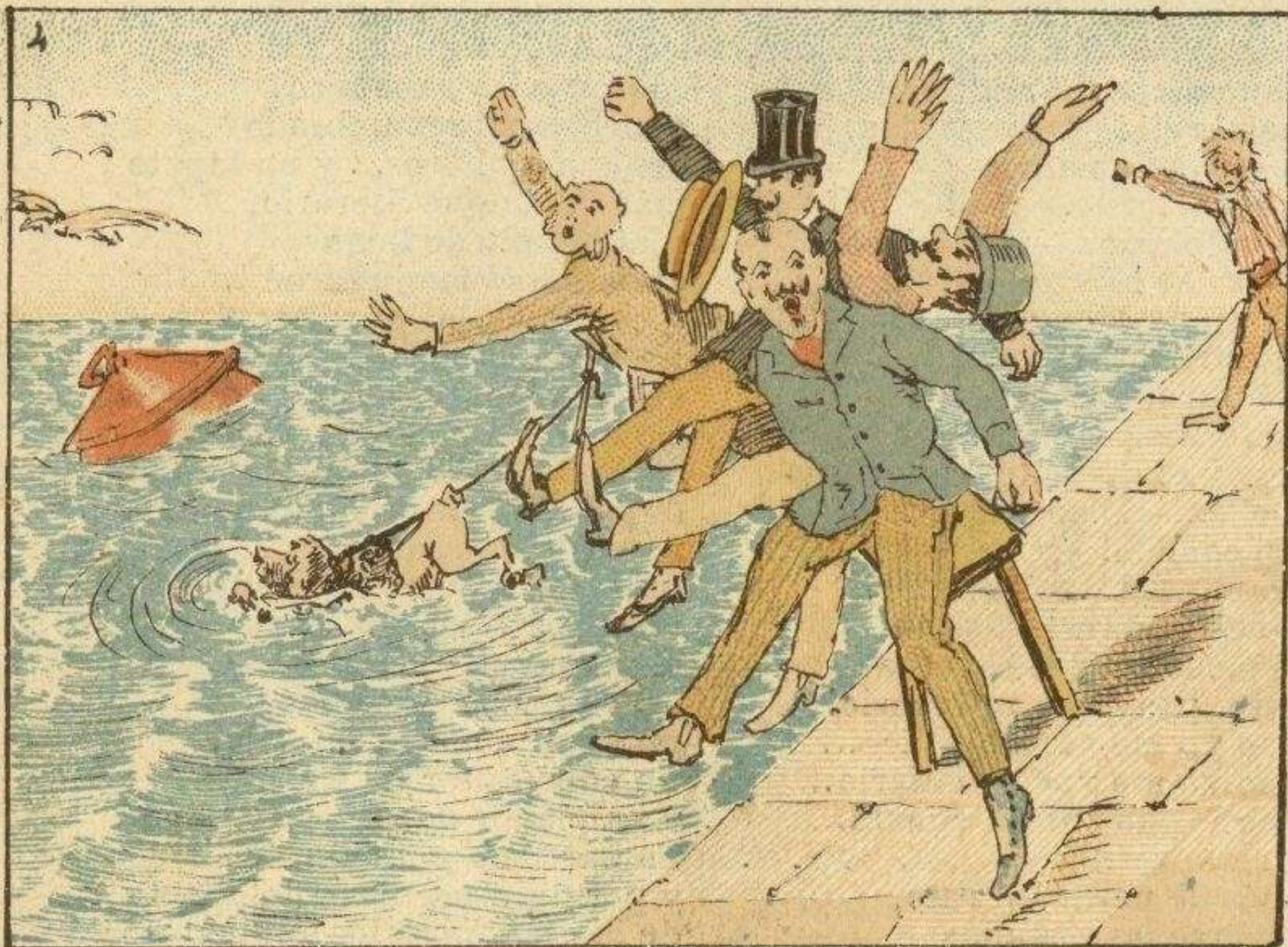
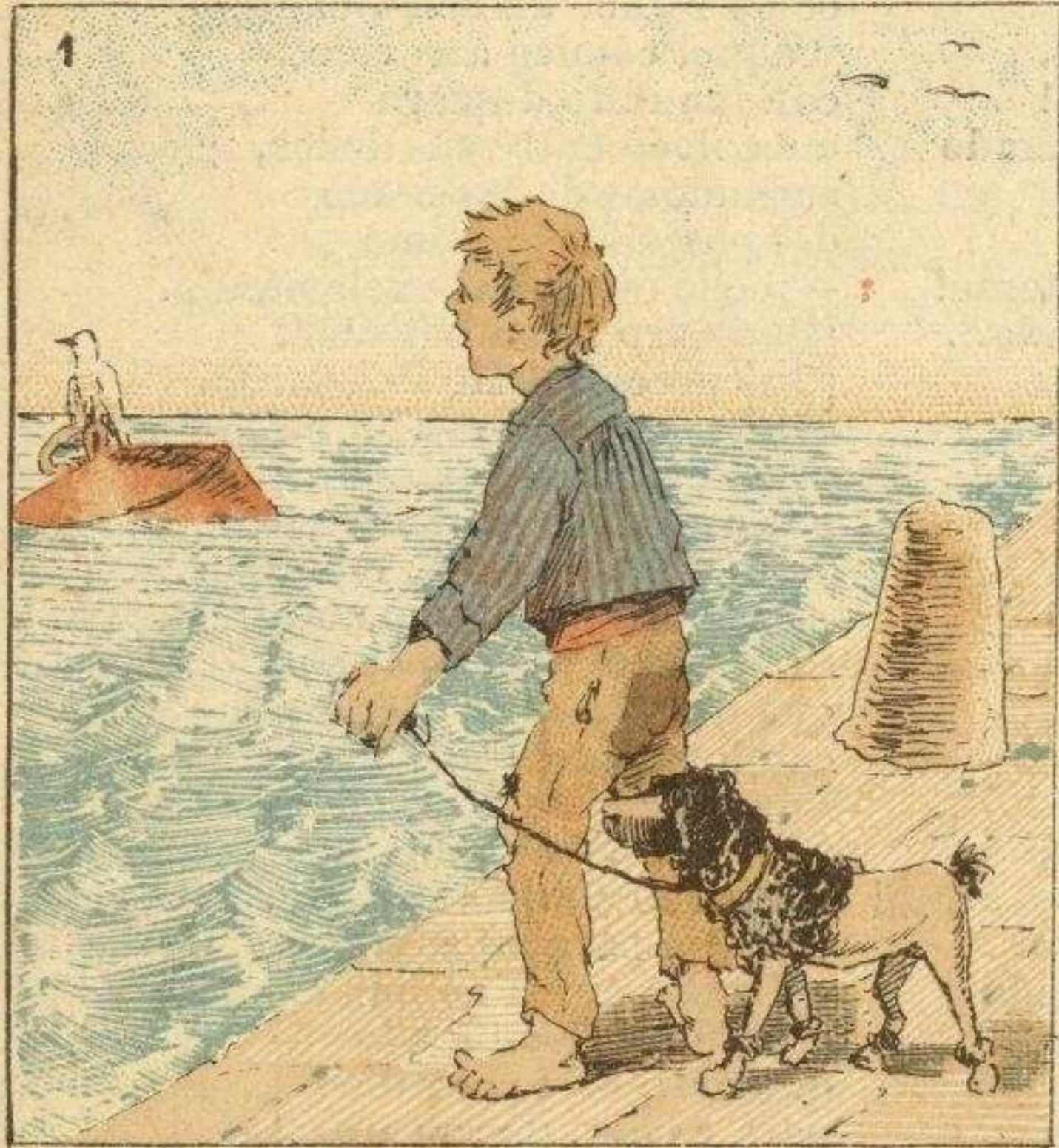
Todo es un misterio impenetrable, pero... lo que él diría: (y conste que este chiste *tambien* es original.)

—¿No se pasan ellas *cortándonos trajes* toda la vida?

Pues... ¡*bujia* y...

Que traducido al español supongo yo que querrá decir: ¡velay!

Por falta de espacio no podemos contestar en la *Correspondencia particular* las cartas recibidas.



FARMACIA DEL DOCTOR VIDAL QUER
 CALLE GUARDIA, 16. — BARCELONA
JARABE DE FOSFATO Y ARSENIATO SÓDICOS, CREOSOTADO
 Poderoso reconstituyente, completamente asimilable,
 necesario á los enfermos de afecciones pulmonares y demás del aparato respiratorio
 ♦♦♦♦♦ FRASCO 2 PESETAS ♦♦♦♦♦

REGENERADOR ♦
 ♦♦♦ UNIVERSAL
 EL MEJOR TÓNICO,
 DEPURATIVO
 Y RECONSTITUYENTE
 Cura todas las enfermedades debidas á la impureza ó debilidad de la sangre: raquitismo, escrófulas, flujos, clorosis, anemia, desarreglos menstruales, herpes, venéreo, & &.
 Los débiles, linfáticos y convalecientes deben tomarlo
 DEPÓSITO: J. URIACH Y C.^a
 Calle de Moncada, 20. — BARCELONA

TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA
 ENCUADERNACIONES Y RELIEVES
 DE
JOSÉ BUSQUETS GEORGE
 Olmo, 8. — BARCELONA

PLUMA Y LAPIZ
 ♦ PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO ♦
 SE PUBLICA LOS JUEVES
 SUSCRIPCIONES
 Barcelona. semestre 4'50 Pesetas
 Provincias. » 6' »
 Ultramar y extranjero. » 18' »
 TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO
 CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES
 D. EMILIO A. COLL. — Calle de Chile, número 2164
 Se admiten anuncios para este periódico